

Camino de perfección

Manuel Campa

Solemos citar los asturianos habitualmente los pasajes más favorables de los grandes personajes que nos han juzgado. A veces, hasta les dedicamos una estatua por unas frases de cortesía, o celebramos durante largos siglos que alguien haya llegado aquí de arribada forzosa. En cambio, evitamos recordar referencias en cierto modo insultantes como la de Maritornes en El Quijote. Es normal que así sea: recordar los elogios y olvidar las ofensas; citar siempre que somos el pueblo español más europeo (Madariaga) y evitar las referencias a la moza del Quijote paisana nuestra. Está bien que esqueicemos a las mozas y aguadores asturianos de Cervantes y, todavía mejor, que mantengamos en lo más alto la estimación al Príncipe de los Ingenios. Sin embargo, yo creo que, más que las referencias sumamente elogiosas, son útiles los juicios más ponderados, con rasgos favorables y desfavorables, con claroscuros. Yo tengo una especial predilección por los juicios sobre Asturias y los asturianos de Valentín Andrés, el gran economista y hombre de letras moscón. Si exceptuamos a Jovellanos, quizá nadie meditó tanto y tan atinadamente sobre Asturias: a la valoración favorable suele añadir una sombra o pero, al lado de lo solano, siempre tiene una referencia a lo avesigo. A la gran capacidad de asociación y de iniciativa empresarial del asturiano emigrante opone la figura histórica de “este hombre indolente y de pocas iniciativas en su tierra”; al asturiano que, habitualmente, es un trabajador modelo opone “el asturiano holgazán perfecto”. Valentín Andrés lleva su patriotismo astur al nivel de suponer que como el asturiano “suele llevarlo todo al extremo de su perfección”, contamos con una nómina de paisanos –afortunadamente corta- que alcanzan un virtuosismo total en su holgazanería. Ahora que acaba de pasar la época de vacaciones, todo el mundo pudo distinguir el ocio del que trabaja todo el año, del que toma el ocio como profesión y vocación firmes. Se distingue bien el gesto del veraneante e incluso del prejubilado –ambos tienen modos toscos de principiante en el arte de perder el tiempo-, al lado del vago vocacional, que es capaz de cultivar durante horas interminables el gesto del tedium vitae en la terraza de una cafetería. Tenía razón Valentín Andrés: hay asturianos –pocos por fortuna- que merecerían un nóbel, si lo hubiera, para el arte de los folgazanes. Si profundizamos un poco en la aguda observación de Valentín Andrés, encontraremos dos tipos de folgazanes, según ejerzan la vocación a costa de la familia o bien a cargo de la Administración. Hay profesiones que siempre fueron vistas como sospechosas de holgazanería, en nuestra tradición, como los trabajos de oficina y la lectura. Yo conocí un campesino que solía leer una novela a la sombra de un castaño mientras los familiares curaban la hierba. Pero no se conformaba con esto el lector, sino que decía: “Fago you más lliendo, que vos trabayando”. Se cuenta de una asistenta de Martínez Cachero que, cuando le preguntaban qué tal le iba en la casa donde trabajaba, solía contestar: “Todo muy bien, salvo que el señor es un vago que se pasa todo el día leyendo en su despacho”. Yo conozco un virtuoso de la holgazanería que, en una ocasión, participó en unas oposiciones a registrador de la propiedad. No llegó a leer, pero regresó a Oviedo como si las hubiera sacado. Después, incluso trasladaba la plaza imaginaria; primero decía tenerla en Cabra, después en Almendralejo. Ahora asegura haberse jubilado como registrador. Todo esto desde Oviedo, con un gesto de cansancio infinito desde las cafeterías del centro de la ciudad. Los artistas de la holgazanería de la Administración son aun más sutiles: nadie sabe como entraron en el escalafón, ni como se las arreglan para no tener que cumplir nunca el horario para subir de categoría.

Y todo esto –según Valentín Andrés- por el afán del asturiano de alcanzar la perfección en todo lo que hace: bien en el trabajo, o bien en la holgazanería total.